

se trataban entre los miembros de una sola clase, según sus intereses y su punto de vista, no podía encontrarse un campo de batalla donde pudieran hacerse la guerra los grandes partidos. Aquella singular homogeneidad de posición, de interés y, por consiguiente, de enfoques, que reinaba en lo que M. Guizot había llamado el país legal, le quitaba a los debates parlamentarios toda originalidad y toda realidad, y, por tanto, toda pasión verdadera. Yo pasé diez años de mi vida en compañía de grandes talentos, que se agitaban incesantemente, sin poder apasionarse, y que empleaban toda su perspicacia en descubrir motivos de graves dissentimientos, sin encontrarlos.

Por otra parte, la preponderancia que el rey Luis Felipe había adquirido en los asuntos públicos, aprovechándose de los defectos y, sobre todo, de los vicios de sus adversarios, preponderancia que obligaba a no dejarse llevar nunca demasiado lejos de las ideas de aquel príncipe, para no alejarse, al mismo tiempo, del éxito, reducía los diferentes colores de los partidos a pequeños matices, y la lucha, a disputas de palabras. Yo no sé si jamás parlamento alguno (sin exceptuar a la Asamblea constituyente, y me refiero a la verdadera, a la de 1789) ha contado con un mayor número de talentos variados y brillantes que el nuestro durante los últimos años de la monarquía de julio. Pero puedo afirmar que aquellos grandes oradores se aburrían mucho escuchándose unos a otros, y, lo que era peor, la nación entera se aburría también al oírlos. El país se habituaba, insensiblemente, a ver en las luchas de las Cámaras unos ejercicios de ingenio, más que unas discusiones serias, y, en todo lo que se refería a los diferentes partidos parlamentarios—mayoría, centro, izquierda u oposición dinástica—, altercados interiores entre los hijos de una misma familia que tratan de engañarse los unos a los otros en el reparto de la herencia común. Algunos hechos resonantes de corrupción, descubiertos por azar, le hacían sospechar que por todas partes había otros ocultos, lo habían persuadido de que toda la clase que gobernaba estaba corrompida, de modo que el país había concebido por ella un desprecio tranquilo, que se interpretaba como una sumisión con-fada y satisfecha.

El país estaba entonces dividido en dos partes, o, mejor dicho, en dos zonas desiguales: en la de arriba, que era la única que debía contener toda la vida política de la nación, no reinaba más que la languidez, la impotencia, la inmovilidad, el tedio; en la de abajo, la vida política, por el contrario, comenzaba a manifestarse en síntomas febriles e irregulares que el observador atento podía captar fácilmente.

Yo era uno de aquellos observadores, y, aunque estaba lejos de imaginar que la catástrofe se hallaba tan próxima e iba a ser tan terrible, sentía que la inquietud nacía y crecía, poco a poco, en mi espíritu, y que en él arraigaba, cada vez más, la idea de que nos dirigiáramos hacia una nueva revolución. Esto

suponía un gran cambio en mi pensamiento, porque el apaciguamiento y la placidez universal que habían seguido a la revolución de julio me habían hecho creer, durante mucho tiempo, que yo estaba destinado a pasar mi vida en una sociedad relajada y tranquila. Y, en efecto, quien no hubiese mirado más que al interior de la fábrica del gobierno se habría convencido de ello. Allí, todo parecía ordenado para producir, con los resortes de la libertad, un poder regio- inmenso, casi absoluto hasta el despotismo, y esto se producía sin esfuerzo, en virtud del movimiento regular y apacible de la máquina. Orgullosísimo de las ventajas que había obtenido de aquella ingeniosa máquina, el rey Luis Felipe estaba convencido de que, mientras él no pusiese su mano en aquel hermoso instrumento, como había hecho Luis XVIII, y lo dejase funcionar según sus reglas, estaría al resguardo de todos los peligros. El rey no se ocupaba más que de mantenerlo en orden y de utilizarlo de acuerdo con sus conveniencias, olvidando la sociedad en que se hallaba implantado aquel ingenioso mecanismo. Se parecía al hombre que se niega a creer que el fuego haya comenzado en su casa, mientras él tenga la llave en su bolsillo. Yo no podía tener los mismos intereses ni las mismas preocupaciones, y eso me permitía ahondar en el mecanismo de las instituciones y del volumen de los pequeños hechos cotidianos, para considerar el estado de las costumbres y de las opiniones en el país. Y allí veía yo aparecer, claramente, muchos de los signos que anuncian, por lo general, la proximidad de las revoluciones, y empezaba a creer que, en 1830, yo había tomado el final de un acto por el final de la pieza.

Un pequeño trabajo que entonces escribí, y que permanece inédito, y un discurso que pronuncié a principios de 1848 son testimonio de estas preocupaciones de mi espíritu.

Algunos de mis amigos parlamentarios se habían reunido, en el mes de octubre de 1847, con el fin de ponerse de acuerdo acerca de la conducta a seguir en la próxima legislatura. Se convino que publicaríamos un programa en forma de manifiesto, y me encargaron ese trabajo. Después, la idea de aquella publicación fue abandonada, pero yo había redactado el manifiesto que se me había pedido. Lo encuentro entre mis papeles, y recojo de él las frases que aquí transcribo. Tras haber descrito la languidez de la vida parlamentaria, añado (sic):

“...Llegará un tiempo en que el país se encontrará dividido, de nuevo, en dos grandes partidos. La Revolución Francesa, que abolió todos los privilegios y destruyó todos los derechos exclusivos, ha dejado subsistir, sin embargo, uno: el de la propiedad. Es necesario que los propietarios no se hagan ilusiones acerca de la solidez de su situación, y que no se imaginen que el derecho de propiedad es un bastión inexpugnable por el hecho de que, hasta ahora, en ninguna parte ha sido abatido, pues nuestro tiempo no se parece a ningún otro. Cuando el derecho de propiedad no era más que el origen y el fundamento de



muchos otros derechos, se defendía sin esfuerzo, o, mejor dicho, ni era atacado siquiera. Entonces, constituía como la muralla de defensa de la sociedad, cuyas defensas avanzadas eran todos los demás derechos. Los golpes no llegaban hasta ella. Ni siquiera se trataba, seriamente, de alcanzarla. Pero hoy, cuando el derecho de propiedad ya no se nos presenta más que como el último resto de un mundo aristocrático destruido, cuando sólo él permanece en pie, como un privilegio aislado en medio de una sociedad nivelada, cuando ya no está a cubierto, detrás de muchos otros derechos más discutibles y más odiados, su peligro es mayor. Ahora, tiene que resistir, cada día, por sí solo, el choque directo e incesante de las opiniones democráticas...

...Muy pronto, la lucha política se entablará entre los que poseen y los que no poseen. El gran campo de batalla será la propiedad, y las principales cuestiones de la política girarán en torno a las modificaciones más o menos profundas que habrán de introducirse en el derecho de los propietarios. Entonces, volveremos a ver las grandes agitaciones públicas y los grandes partidos.

¿Cómo no entran por todos los ojos los signos precursores de ese porvenir? ¿Se cree que es por azar, por el efecto de un capricho pasajero del espíritu humano, por lo que hoy se ven aparecer, en todas partes, esas doctrinas singulares que presentan nombres diversos, pero que tienen por principal característica, común a todas, la negación del derecho de propiedad, que todas tienden, por lo menos, a limitar, a reducir, a debilitar su ejercicio? ¿Quién no reconoce en ello el último síntoma de esta vieja enfermedad democrática de la época, cuya crisis tal vez se aproxima?"

Y era más explícito aún, y más apremiante, en el discurso que dirigí a la Cámara de los diputados, el 29 de enero de 1848, y que puede leerse en el *Moniteur* del 30.

He aquí los principales pasajes:

"...Se dice que no hay peligro, porque no hay agitación. Se dice que, como no hay desorden material en la superficie de la sociedad, las revoluciones están lejos de nosotros.

"Señores, permítanme que les diga que yo creo que están ustedes equivocados. Es verdad que el desorden no está en los hechos, pero ha penetrado muy profundamente en los espíritus. Miren lo que pasa en el seno de esas clases obreras, que hoy—lo reconozco—están tranquilas. Es verdad que no están atormentadas por las pasiones políticas propiamente dichas, en el mismo grado en que lo estuvieron en otro tiempo, pero, ¿no ven ustedes que sus pasiones se han convertido, de políticas, en sociales? ¿No ven ustedes que, poco a poco, en su seno se extienden unas opiniones, unas ideas que no aspiran sólo a derribar

tales leyes, tal ministerio, incluso tal gobierno, sino la sociedad misma, quebrantándola en las propias bases sobre las cuales descansa hoy? ¿No escuchan ustedes lo que todos los días se dice en su seno? ¿No oyen ustedes que allí se repite sin cesar que todo lo que se encuentra por encima de ellas es incapaz e indigno de gobernarlas, que la división de los bienes hecha hasta ahora en el mundo es injusta, que la propiedad descansa sobre unas bases que no son las bases de la equidad? ¿Y no creen ustedes que, cuando tales opiniones echan raíces, cuando se extienden de una manera casi general, cuando penetran profundamente en las masas, tienen que traer, antes o después—yo no sé cuándo, yo no sé cómo—, pero tienen que traer, antes o después, las revoluciones más terribles?"

"Ésa es, señores, mi convicción profunda: creo que estamos durmiéndonos sobre un volcán, estoy profundamente convencido de ello..."

"...Yo les decía, hace un momento, que ese mal traería, antes o después—yo no sé cómo, yo no sé de dónde vendrán—, pero que traería, antes o después, las revoluciones más graves a este país: no lo dudéis.

"Cuando trato de ver, en los diferentes tiempos, en las diferentes épocas, en los diferentes pueblos, cuál ha sido la causa eficiente que ha provocado la ruina de las clases que gobernaban, veo perfectamente tal acontecimiento, tal hombre, tal causa accidental o superficial, pero podéis creer que la causa real, la causa eficiente que hace que los hombres pierdan el poder es que se han hecho indignos de ejercerlo.

"Pensad, señores, en la antigua monarquía. Era más fuerte que vosotros, más fuerte por su origen. Se apoyaba, más que vosotros, en antiguos usos, en viejas costumbres, en creencias ancestrales. Era más fuerte que vosotros, y, sin embargo, yace en el polvo. ¿Y por qué ha caído? ¿Creéis que a causa de tal accidente particular? ¿Pensáis que se debe a la acción de tal hombre, al déficit, al juramento del Juego de Pelota, a La Fayette, a Mirabeau? No, señores. Hay otra causa. Es que la clase que entonces gobernaba se había convertido, por su indiferencia, por su egoísmo, por sus vicios, en incapaz e indigna de gobernar.

"Ésa es la verdadera causa.

"¡Ah, señores! Si es justo tener esta preocupación patriótica en todos los tiempos, ¿hasta qué punto no es más justo tenerla en el nuestro? ¿Es que no sentís, por una especie de intuición instintiva que no puede analizarse, pero que es certera, que el suelo tiembla, de nuevo, en Europa? ¿Es que no sentís—¿cómo diría yo?—un viento de revolución que está en el aire? Ese viento, no se sabe dónde nace, de dónde viene, ni—creedlo—qué es lo que arrastra, y es en tiempos tales cuando vosotros permanecéis tranquilos, en presencia de la degradación de las costumbres públicas, porque la palabra no es demasiado fuerte.



escritura de sistema.

"Yo hablo aquí sin amargura, os hablo -creo- incluso sin espíritu de partido. Ataco a unos hombres contra los que no siento cólera, pero, en fin, estoy obligado a decir a mi país lo que es mi convicción profunda y meditada. Pues bien: mi convicción profunda y meditada es que las costumbres públicas se degradan, que la degradación de las costumbres públicas los llevará, en un tiempo breve, próximo tal vez, a nuevas revoluciones. ¿Es que la vida de los reyes depende, acaso, de unos hilos más firmes y más difíciles de romper que la de los otros hombres? ¿Es que vosotros tenéis, a la hora de ahora, la certidumbre de un mañana? ¿Es que vosotros sabéis lo que puede ocurrir en Francia de aquí a un año, a un mes, a un día quizá? Vosotros lo ignoráis, pero lo que sabéis es que la tempestad está en el horizonte, es que avanza sobre vosotros. ¿Y vais a dejaros alcanzar por ella?"

"Señores, yo os suplico que no lo hagáis. No os lo pido: os lo suplico. Me pondría de rodillas, gustosamente, ante vosotros: hasta ese punto creo que el peligro es real y grave, hasta ese punto creo que el hecho de señalarlo no es recurrir a una vana forma de retórica. ¡Sí, el peligro es grande! Conjuradlo, cuando aún es tiempo. Corregid el mal con medios eficaces, no atacándolo en sus síntomas, sino en sí mismo."

"Se ha hablado de cambios en la legislación. Yo me siento muy inclinado a creer que esos cambios no sólo son muy útiles, sino necesarios: así, creo en la utilidad de la reforma electoral, en la urgencia de la reforma parlamentaria. Pero no soy suficientemente insensato, señores, para no saber que no son las leyes las que hacen, por sí solas, el destino de los pueblos. No, no es el mecanismo de las leyes el que produce los grandes acontecimientos, señores, sino que es el espíritu mismo del gobierno. Mantened las mismas leyes, si queréis; aunque yo crea que cometeréis un grave error al hacerlo, mantenedlas. Mantened a los mismos hombres, si eso os agrada; por mi parte, yo no pongo ningún obstáculo. Pero, por Dios, cambiad el espíritu del gobierno, porque -os lo repito- ese espíritu os conduce al abismo."

Estas sombrías predicciones fueron recibidas con risas insultantes del lado de la mayoría. La oposición aplaudió vivamente, pero por espíritu de partido, más que por convicción. La verdad es que nadie creía aún seriamente en el peligro que yo anunciaba, a pesar de encontrarnos tan cerca de la caída. La costumbre inveterada, que todos los políticos habían adquirido durante aquella larga comedia parlamentaria, de magnificar demasiado la expresión de sus sentimientos y de exagerar desmedidamente lo que pensaban casi les había incapacitado para medir lo real y lo verdadero. Desde varios años atrás, la mayoría decía, un día tras otro, que la oposición ponía en peligro a la sociedad, y la oposición repetía incesantemente que los ministros hundían la monarquía.

NO  
sino  
el mal  
la mayoría  
la oposición  
la monarquía

Y unos y otros lo habían afirmado tantas veces, sin creerlo mucho, que habían acabado por no creerlo, en absoluto, en el momento en que la realidad iba a dar la razón a los unos y a los otros. Incluso mis amigos personales pensaban que había un poco de retórica en mi exposición.

Recuerdo que, al bajar de la tribuna, Dufaure me llevó aparte y me dijo, con esa especie de adivinación parlamentaria que constituye su único talento: "Habéis estado bien, pero habríais estado mucho mejor aún, si no hubierais sobrepasado tanto el sentimiento de la asamblea y no hubierais querido infundirnos tanto miedo". Y ahora, cuando me encuentro ante mí mismo y busco curiosamente en mis recuerdos si, en efecto, yo estaba tan asustado como parecía, descubro que no, me doy cuenta, sin esfuerzo, de que los hechos han venido a justificarme, más rápida y más completamente de lo que yo preveía. No, yo no esperaba una revolución como la que íbamos a ver. ¿Y quién habría podido esperarla? Creo que yo percibía más claramente que cualquier otro las causas generales que empujaban a la monarquía de julio, por la pendiente, hacia su ruina. Lo que no veía eran los accidentes que iban a precipitarla en ella. Pero los días que nos separaban aún de la catástrofe se sucedían rápidamente.

Retenernos lejos de la revolución de  
esta aventura parlamentaria  
sí en la tribuna parlamentaria



más sentimientos en aquellos jóvenes. Caminaban con un aire despreocupado, y con un paso desenvuelto y ligero, como escolares que están de vacaciones.

El pequeño seminario no había sido atacado, ni siquiera ultrajado. Mis sobrinos, además, ya no estaban allí: la víspera por la tarde, los habían mandado a casa de su abuela materna. Volví, pues, a mi casa, pasando por la calle del Bac, para saber si Lamoricière, que vivía entonces en aquella calle, había sido muerto, efectivamente, la víspera, tal como me había anunciado su ayudante de campo, después de haberlo visto caer. Sólo después de haberme reconocido, sus criados me confesaron que su señor estaba en casa y accedieron a llevarme junto a él.

Encontré a aquel hombre singular, de quien tendré que hablar más de una vez en lo sucesivo, acostado en su cama y reducido a una inmovilidad bien contraria a su carácter y a su gusto. Su cabeza estaba medio rota; sus brazos, con heridas de bayoneta; todos sus miembros, magullados y tullidos; por lo demás, era el de siempre, con su espíritu lúcido y su corazón indomable. Me contó lo que le había ocurrido la víspera, y los mil peligros a los que había escapado de milagro. Le aconsejé insistentemente que estuviese tranquilo hasta que se curase, y mucho más tiempo aún, para no comprometer inútilmente su persona y su reputación en medio del caos que iba a continuar: consejos fáciles de dar, sin duda, a un hombre tan inclinado a la acción y tan acostumbrado a actuar, que, después de haber hecho las cosas necesarias y las cosas útiles, siempre está dispuesto a emprender las nocivas y las peligrosas ante de permanecer sin hacer nada, pero consejos muy poco eficaces, como la mayor parte de los que van contra la naturaleza.

Pasé toda la tarde vagando por París. Dos cosas me impresionaron, sobre todo aquel día. La primera fue el carácter, no diré principalmente, sino única y exclusivamente popular de la revolución que acababa de producirse: la omnipotencia que había dado al pueblo propiamente dicho, o sea, a las clases que trabajan con sus manos, sobre todas las demás. La segunda fue la poca pasión rencorosa, e incluso, a decir verdad, las pocas pasiones vivas, de cualquier tipo, manifestadas, en aquel primer momento, por el bajo pueblo, convertido, de pronto, en único dueño del poder.

Aunque las clases trabajadoras hubieran desempeñado, a menudo, el papel principal en los acontecimientos de la primera República, jamás habían sido las conductoras y las únicas dueñas del Estado, ni de hecho ni de derecho. En la Convención, tal vez no había ni un solo hombre del pueblo: estaba formada por burgueses e intelectuales. La guerra entre la Monarquía y la Gironda fue sostenida, de una y otra parte, por miembros de la burguesía, y el triunfo de la primera jamás hizo bajar el poder a las manos del pueblo solamente. La revolución de Julio había sido hecha por el pueblo, pero la clase media, que

la había suscitado y dirigido, había recogido los frutos principales de ella. La revolución de Febrero, por el contrario, parecía hecha totalmente al margen de la burguesía y contra ella.

En aquel gran choque, los dos partidos que en Francia componían principalmente el cuerpo social habían acabado de disociarse, en cierto modo, y el pueblo, mantenido aparte, se quedaba solo, en posesión del poder. No había nada más nuevo en nuestros anales. Revoluciones análogas habían tenido lugar, ciertamente, en otros países y en otros tiempos, porque la historia particular de una época, incluso la de nuestros días, por nueva e imprevista que parezca a los contemporáneos, pertenece siempre, en el fondo, a la vieja historia de la humanidad. Florencia, especialmente, hacia el fin de la Edad Media, había ofrecido, en pequeño, un espectáculo muy semejante al nuestro: a la clase noble había sucedido, en principio, la clase burguesa, y luego, un día, ésta había sido expulsada, a su vez, del gobierno, y se había visto a un abanderado marchar, descalzo, a la cabeza del pueblo y dirigir así la república. Pero, en Florencia, aquella revolución popular se había producido por causas pasajeras y particulares, mientras que aquí estaba provocada por causas muy permanentes y tan generales, que, después de agitar a Francia, era de creer que removería a todo el resto de Europa. Esta vez, no se trataba sólo del triunfo de un partido: se aspiraba a fundar una ciencia social, una filosofía, yo casi me atrevería a decir una religión común, que podría enseñarse y hacer que la siguieran todos los hombres. Ésa era la parte realmente nueva del antiguo cuadro.

Durante aquella jornada, yo no vi en París ni a uno solo de los antiguos agentes de la fuerza pública, ni a un soldado, ni a un gendarme, ni a un agente de la policía; incluso la guardia nacional había desaparecido. Sólo el pueblo llevaba armas, custodiaba los lugares públicos, vigilaba, mandaba, castigaba. Era una cosa extraordinaria y terrible el ver, sólo en manos de los que nada poseían, toda aquella inmensa ciudad, llena de tantas riquezas, o, mejor dicho, toda aquella gran nación, porque, gracias a la centralización, quien reina en París manda en Francia. Así, el terror de todas las demás clases fue inmenso. Yo no creo que en ninguna época de la revolución haya sido tan grande, y pienso que no podría compararse más que con el que debieron de sentir las ciudades civilizadas del mundo romano, cuando se veían, de pronto, en poder de los vándalos y de los godos.

Como nada semejante se había visto hasta entonces, muchas personas esperaban actos de violencia inusitados. En lo que a mí se refiere, jamás compartí aquellos temores. Lo que veía me hacía presagiar, para un próximo futuro, perturbaciones extrañas, crisis singulares, pero nunca creí en el saqueo de los ricos. Conocía demasiado a los hombres del pueblo de París, para no saber que sus primeras actitudes, en tiempos de revolución, suelen ser generosas,



que gustan de pasar los días inmediatamente siguientes al triunfo jactándose de su victoria, haciendo alarde de su autoridad y jugando a los grandes hombres. Durante ese tiempo, suele ocurrir que se instituye un poder cualquiera, la policía vuelve a su lugar, y el juez a su sillón, y cuando nuestros grandes hombres quieren, al fin, volver a bajar al terreno más conocido y más vulgar de las pequeñas y malas pasiones humanas, ya no son libres de hacerlo y tienen que limitarse a vivir, simplemente, como personas normales. Por otra parte, hemos pasado tantos años en insurrecciones, que entre nosotros se ha formado una especie de moralidad particular en el desorden, y un código especial para los días de motín. Según esas leyes excepcionales, está tolerado el homicidio y permitida la devastación, pero el robo está rigurosamente prohibido, lo cual no impide, dígame lo que se quiera, que en esos días se robe mucho, porque una sociedad de amotinados no podría ser una excepción entre todas las demás, en cuyo seno se encuentran siempre pícaros que se burlan, para su beneficio, de la moral colectiva, y que desprecian profundamente su propio honor cuando nadie los ve. Lo que me tranquilizaba, además, era pensar que los vencedores habían sido sorprendidos de improviso por el éxito, tanto como sus adversarios por la desgracia; que sus pasiones no habían tenido tiempo de encenderse y de enconarse en la lucha; el gobierno había caído sin ser defendido y sin defenderse él mismo siquiera. Había sido combatido, o, por lo menos, vivamente censurado desde mucho tiempo atrás por los mismos que, en el fondo de su corazón, más lamentaban su caída.

Desde un año atrás la oposición dinástica y la oposición republicana habían vivido en una intimidad engañosa, haciendo las mismas cosas con ideas contrarias. El malentendido que había facilitado la revolución la hacía ahora más suave. Desaparecida la monarquía, el campo de batalla parecía vacío. El pueblo ya no veía claramente cuáles eran los enemigos que le quedaban por perseguir y por vencer. Le faltaban incluso los viejos objetos de su cólera. El clero jamás se había reconciliado totalmente con la nueva dinastía, y asistía sin pena a su hundimiento. La antigua nobleza aplaudía, cualesquiera que hubieran de ser las consecuencias. El primero había sufrido a causa del sistema intolerante de la burguesía, y la otra, a causa de su orgullo: los dos despreciaban o temían su gobierno.

Era la primera vez, desde hacía sesenta años, que los sacerdotes, la antigua aristocracia y el pueblo coincidían en un sentimiento común, sentimiento de rencor, ciertamente, y no de común afecto. Pero eso ya es mucho en política, donde la comunidad de los odios constituye casi siempre el fondo de las amistades. Los verdaderos y únicos vencidos del día eran los burgueses, pero incluso ellos tenían poco que temer. Su gobierno había sido más exclusivo que opresor, corruptor, pero no violento, y era más despreciado que odiado. La

clase media, por otra parte, no forma jamás, en el seno de la nación, un cuerpo compacto y una parte muy distinta dentro del todo; participa siempre un poco de todas las demás, y, en algunos terrenos, se confunde con ellas. Esta falta de homogeneidad y de límites precisos hace que el gobierno de la burguesía resulte débil e inseguro, pero hace a la propia burguesía inaprensible y como invisible para los que quieren golpearla cuando ella no gobierna ya.

De todas estas causas reunidas, procedía, en mi opinión, aquella languidez del pueblo que me había impresionado, a la vez que su omnipotencia, languidez tanto más visible, cuanto que contrastaba singularmente con la ampulosa energía del lenguaje y con los terribles recuerdos que éste suscitaba. La *Historia de la Revolución* de M. Thiers, *Los Girondinos* de M. de Lamartine, otras obras menos célebres, pero muy conocidas y, sobre todo, las piezas de teatro, habían rehabilitado el Terror y, en cierta forma, lo habían puesto de moda. Se hacía hablar, pues, a las pasiones tibias de nuestro tiempo con el lenguaje inflamado del 93, y se citaba, a cada instante, el ejemplo y el nombre de ilustres malvados, a los que no había ni la energía ni siquiera el sincero deseo de parecerse.

Fueron las teorías socialistas —lo que anteriormente he llamado ya la filosofía de la revolución de Febrero— las que después encendieron verdaderas pasiones, exacerbaron las envidias y suscitaron, en fin, la guerra entre las clases. Si las pasiones, al principio, fueron menos desordenadas de lo que habría podido temerse, una agitación extraordinaria y un desorden inaudito se manifestaron, en realidad, al día siguiente mismo de la revolución, en las ideas del pueblo.

A partir del 25 de febrero, mil extraños sistemas brotaron impetuosamente del espíritu de los innovadores y se difundieron en el desconcertado espíritu de la multitud. Todo estaba aún en pie, excepto la realeza y el parlamento, y parecía que, a consecuencia del choque de la revolución, la propia sociedad hubiera quedado reducida a cenizas, y que se hubiera sacado a concurso la nueva forma que había de darse al edificio que iba a levantarse en su lugar. Cada uno proponía su plan: éste lo presentaba en los diarios, aquél en pasquines que muy pronto cubrieron las paredes, este otro lo lanzaba, simplemente, al aire, mediante la palabra. Uno pretendía destruir la desigualdad de las fortunas; el otro, la desigualdad de facultades, y el tercero aspiraba a nivelar la más antigua de las desigualdades, la del hombre y de la mujer. Se indicaban específicos contra la pobreza, y remedios para ese mal del trabajo que atormenta a la humanidad desde que ésta existe.

Estas teorías eran muy diversas entre sí, a menudo contrarias, a veces enemigas, pero todas, al apuntar más bajo que el gobierno y al esforzarse por alcanzar a la sociedad misma que le sirve de base, tomaron el nombre común de socialismo.

S/ todos los diferentes reunidos en el seno de la nación, un cuerpo compacto y una parte muy distinta dentro del todo; participa siempre un poco de todas las demás, y, en algunos terrenos, se confunde con ellas. Esta falta de homogeneidad y de límites precisos hace que el gobierno de la burguesía resulte débil e inseguro, pero hace a la propia burguesía inaprensible y como invisible para los que quieren golpearla cuando ella no gobierna ya.



El socialismo quedará como el carácter esencial y el recuerdo más terrible de la revolución de Febrero. La república no aparecerá más que como un medio, no como un fin.

No entra en el propósito de estos *Recuerdos* investigar qué fue lo que dio el carácter socialista a la revolución de Febrero, y me limito a decir que no era de una naturaleza que sorprendiese al mundo tanto como lo hizo. ¿No se advertía, hacía ya mucho tiempo, que el pueblo crecía y elevaba sin cesar su condición, y que su importancia, sus facultades, sus deseos y su poder aumentaban sin cesar también? Asimismo habían crecido sus comodidades, pero menos rápidamente, y se acercaban al término que no sobrepasan en las viejas sociedades, donde se encuentran muchos hombres y pocos puestos. ¿Cómo unas clases pobres, inferiores y, sin embargo, poderosas no iban a soñar con salir de su pobreza y de su inferioridad, sirviéndose de su poder? Y en, eso trabajaban desde hacía sesenta años. Al principio, el pueblo había querido redimirse cambiando todas las instituciones políticas, pero, después de cada cambio, había visto que su suerte no había mejorado, o no mejoraba más que con una lentitud que resultaba intolerable para la precipitación de sus deseos. Era inevitable que, un día u otro, acabase por descubrir que lo que le mantenía sujeto a su situación no era la constitución del gobierno, sino las leyes inmutables que constituyen la propia sociedad. Y era natural que se viese impulsado a preguntarse si no tenía el poder y el derecho a cambiar también aquellas leyes, como había cambiado las otras. Y, hablando en especial de la propiedad, que es como el fundamento de nuestro orden social, al ser destruidos todos los privilegios que cubrían y que, por así decirlo, ocultaban el privilegio de la propiedad, y al quedar este privilegio como el principal obstáculo para la igualdad entre los hombres, hasta el punto de parecer su único signo, ¿no era inevitable, no digo que llegase a abolirse también, pero, por lo menos, que la idea de abolirlo se ofreciese al espíritu de los que no disfrutaban de él?

Esta inquietud natural del espíritu del pueblo, esta agitación inevitable de sus deseos y de sus pensamientos, estas necesidades, estos instintos de la multitud formaron, en cierto modo, el tejido sobre el que los innovadores dibujaron tantas figuras monstruosas o grotescas. Pueden encontrarse ridículas sus obras, pero el fondo sobre el que ellos han trabajado es el objeto más serio sobre el que los filósofos y los hombres de Estado pueden reflexionar.

¿Quedará el socialismo enterrado en el desprecio que tan justamente cubre a los socialistas de 1848? Hago esta pregunta, sin responder a ella. No dudo de que las leyes constitutivas de nuestra sociedad moderna no hayan de ser muy modificadas, a la larga; en muchas de sus partes principales, ya lo han sido. Pero, ¿se llegará jamás a destruirlas y a poner otras en su lugar? Eso me parece impracticable. Y no digo más, porque, a medida que avanzo en el estudio del

antiguo estado del mundo, y veo con más detalle el mundo mismo de nuestros días; cuando considero la prodigiosa diversidad que en él se encuentra, no sólo entre las leyes, sino entre los principios de las leyes, y las diferentes formas que ha adoptado y que conserva, aun hoy, dígame lo que se quiera, el derecho de propiedad sobre la tierra, me siento tentado a creer que lo que se llama las instituciones necesarias no son, frecuentemente, más que las instituciones a las que se está acostumbrado, y que, en materia de constitución social, el campo de lo posible es mucho más vasto de lo que se imaginan los hombres que viven en cada sociedad.

*Es decir: Afirmamos q' es necesario saber no es así? un caso de "Narreljop". El dice "recomendado".*

*Tocqueville explica los casos de la ley. El mismo p' me comenta los retratos sacados del socialismo, básicamente la modificación del régimen de propiedad. En el siguiente*

*reconoce el fundamento del nuevo orden. También p' la abolición de todos los viejos privilegios sin*

*el cual es éste. Dice que los trabajadores han cobrado los gobiernos y q' eso no sirvió de nada. Lo único que los ve a salvarse*



III

*Incertidumbres de los antiguos parlamentarios sobre la actitud que debería adoptarse. — Mis reflexiones sobre lo que he de hacer y mis resoluciones.*

DURANTE LOS PRIMEROS DÍAS QUE SIGUIERON AL 24 DE FEBRERO, no busqué ni vi a ninguno de los políticos de los que los acontecimientos de aquel día me habían separado. No sentí la necesidad de hacerlo, y, a decir verdad, tampoco tuve el deseo. Experimentaba una especie de repugnancia instintiva al recordar aquel miserable mundo parlamentario del que yo había formado parte durante diez años, y en cuyo seno había visto germinar la revolución.

Por otro lado, en aquel momento, descubriría una gran vanidad en toda clase de conversaciones o de combinaciones políticas. Por débiles que hubieran sido las razones que inicialmente habían puesto en movimiento a la multitud, aquel movimiento se había hecho irresistible. Yo tenía la impresión de que todos estábamos en medio de una de esas grandes inundaciones democráticas, en las que los diques que quieren oponerse a los individuos, e incluso a los partidos, no sirven más que para ahogar a quienes los levantan, y en las que no se puede hacer, durante algún tiempo, más que estudiar los caracteres generales del fenómeno. Pasaba, pues, todo mi tiempo en la calle con los vencedores, como si fuese un adorador de la fortuna. Es verdad que no rendí homenaje al nuevo soberano, ni le pedí nada. Ni siquiera le hablé. Me limité a escucharlo y a mirarlo.

Al cabo de algunos días, sin embargo, volví a relacionarme con los vencidos. Volví a ver a antiguos diputados, a antiguos pares, a gentes de letras, a hombres de negocios y comerciantes, a propietarios, a los que empezaba a llamarse ociosos en el lenguaje del momento. Descubrí que el aspecto de la revolución no era menos extraordinario visto por arriba, de lo que me había parecido al considerarlo, antes, por abajo. Encontré mucho miedo, pero tan

pocas pasiones verdaderas como había visto en la otra parte: una resignación singular, sobre todo ninguna esperanza, y casi diría que ninguna idea de retorno al gobierno que, sin embargo, sólo se acababa de abandonar. Aunque la revolución de Febrero haya sido la más breve y la menos sangrienta de todas nuestras revoluciones, había llenado los espíritus de los vencidos y sus corazonas con la idea y el sentimiento de que era omnipotente, mucho más que ninguna otra. Yo creo que esto se debió, sobre todo, a que aquellos espíritus y aquellos corazones estaban vacíos de creencias y de fervores políticos, y a que en ellos no quedaba, después de tantos desengaños y vanas agitaciones, más que el deseo del bienestar, sentimiento muy tenaz y muy exclusivo, pero muy apacible, que se acomoda fácilmente a todos los regímenes de gobierno, siempre que se le permita satisfacerse.

Percibía, pues, un esfuerzo universal por acomodarse al acontecimiento que la fortuna acababa de improvisar, y por halagar al nuevo amo. Los grandes propietarios gustaban de recordar que ellos siempre habían sido enemigos de la clase burguesa, y favorables siempre a la clase popular. Los sacerdotes habían encontrado el dogma de la igualdad en el Evangelio, y aseguraban que allí lo habían visto siempre. Los burgueses, por su parte, recordaban con cierto orgullo que sus padres habían sido obreros, y, cuando no podían remontarse, a causa de la inevitable oscuridad de las genealogías, hasta un obrero propiamente dicho, que hubiera trabajado con sus manos, trataban, por lo menos, de descender de un palurdo que hubiera hecho su fortuna por sí mismo. Se ponía tanto interés en señalar a aquel antepasado, como se hubiera puesto, poco tiempo antes, en esconderlo: hasta tal punto es cierto que la vanidad de los hombres, sin cambiar de naturaleza, puede ofrecer los espectáculos más diversos. Esa vanidad tiene una cara y una cruz, pero es siempre la misma moneda.

Como entonces ya no había más pasiones verdaderas que la del miedo, lejos de romper con aquellos de sus antepasados que se habían lanzado a la revolución, trataban de acercarse a ellos. Era el momento en que se quería sacar partido de todos los malos sujetos con que se contaba en la familia. Si por fortuna se tenía un primo, un hermano o un hijo que se hubiese arruinado por su conducta desordenada, éste se hallaba en las mejores condiciones para prosperar, y si se caracterizaba, además, por alguna teoría extravagante, podría llegar a todo. Los comisarios y subcomisarios del gobierno fueron, en su mayoría, enviados como funcionarios públicos a Argelia, se convertirían así, de pronto, en la gloria de la familia y en su apoyo.

En cuanto al rey Luis Felipe, se hablaba menos de él que si hubiera pertenecido a la dinastía de los merovingios. Nada me impresionó más que el pro-

*Es posible el hecho de que ninguna era más los que se creían soberanos (no todos)*

*socialista (en el discurso) se refieren a los obreros*

*los*



ser sus preceptores, al mismo tiempo que se sometían a ella. En lugar de abrir sus filas después de la victoria, las cerraron celosamente, y parecieron, en una palabra, haberse entregado a resolver este problema insoluble, a saber: gobernar con la mayoría, pero contra el gusto de ésta.

Siguiendo los ejemplos del pasado sin comprenderlos, se imaginaron, tonamente, que bastaba convocar a la gente a la vida política para unirlos a su causa, y que, para hacer amar la república, era suficiente otorgar unos derechos sin procurar unos beneficios. Olvidaban que sus precursores, al mismo tiempo que hacían electores a todos los campesinos, destruían el feudo, proscribían la *corvée*, abolían los demás privilegios señoriales y repartían entre los antiguos siervos los bienes de los antiguos nobles, mientras que ellos no podían hacer nada semejante. Al implantar el sufragio universal, creyeron convocar al pueblo en ayuda de la revolución, y lo único que hicieron fue darle armas contra ella. Sin embargo, estoy lejos de creer que fuese imposible hacer brotar pasiones revolucionarias incluso en el campo. En Francia, todos los labradores tienen alguna porción de tierra, y, en su mayoría, tienen hipotecada su pequeña hacienda. Su enemigo ya no era el noble, sino el acreedor, y era a éste al que convenía atacar. No había que prometer la abolición del derecho de propiedad, sino la abolición de las deudas. Los demagogos de 1848 no se percataron de este medio. Se mostraron mucho más torpes que sus precursores, sin ser por ello más honestos, porque fueron tan violentos y tan inicuos en sus deseos como los otros lo habían sido en sus actos. Pero, para realizar actos de iniquidad violenta, no le basta a un gobierno con querer, ni siquiera con poder, sino que es necesario también que las costumbres, las ideas y las pasiones de la época se presten a ello.

Las elecciones fueron, en su mayoría, contrarias al partido que había hecho la revolución, y tenían que serlo. Éste, no por ello dejó de experimentar una sorpresa muy dolorosa. A medida que veía rechazados a sus candidatos, entraba en una gran tristeza y en una gran cólera, se lo oía quejarse, a veces tiernamente, otras duramente, de la nación, a la que trataba de ignorante, de ingrata, de insensata, enemiga de su propio bien. Me recordaba al Arnolphe de Molière, cuando dice a Agnès: "Pero, en fin, ¿por qué no amar me, señora impúdica?"

Lo que no era ridículo, sino realmente siniestro y terrible, era el aspecto de París, cuando yo llegué. Encontré en la ciudad a cien mil obreros armados, ordenados en regimientos, sin trabajo, muriendo de hambre, pero con el espíritu repleto de teorías huecas y de esperanzas quiméricas. Ví la sociedad partida en dos: los que no poseían nada, unidos en una común codicia, y los que poseían algo, en una común angustia. Ya no había lazos ni simpatías entre aquellas dos grandes clases: por todas partes, la idea de una lucha inevitable y próxima. Ya los burgueses y el pueblo—porque habían vuelto a emplearse estos

V

Primera reunión de la Asamblea constituyente. - Aspecto de aquella Asamblea.

NO ME DETUVE EN VALOGNES MÁS QUE PARA DECIR ADIÓS a algunos de mis amigos. Varios se separaron de mí con lágrimas en los ojos, porque era una creencia extendida en la provincia que los representantes iban a estar expuestos a grandes peligros en París. Algunas buenas personas me dijeron: "Si atacan la Asamblea Nacional, iremos a defenderlos". Lamento no haber visto entonces, en aquellas palabras, más que unas expresiones vacías, porque, efectivamente, vinieron todos ellos y muchos más, como luego se verá.

Hasta París, no supe que yo había tenido 110.704 sufragios, de un total aproximado de 120.000 votantes. Los colegas que me habían apoyado habían pertenecido, en su mayoría, a la antigua oposición dinástica; sólo dos habían profesado opiniones republicanas antes de la revolución, y eran lo que en la jerga del momento se llamaba republicanos de antes.

Como se sabe, lo mismo ocurrió en la mayor parte de Francia. Ha habido revolucionarios más malvados que los de 1848, pero no creo que nunca los haya habido más tontos: no supieron ni servirse del sufragio universal, ni prescindir de él. Si hubieran hecho las elecciones al día siguiente del 24 de febrero, cuando las clases altas estaban aturridas por el golpe que acababan de recibir, y cuando el pueblo estaba más emocionado que descontento, habrían obtenido tal vez una Asamblea según sus deseos. Si hubieran optado, audazmente, por la dictadura, habrían podido conservarla algún tiempo en sus manos. Pero se entregaron a la nación, y, al propio tiempo, hicieron todo lo que podía alejarla de ellos. La amenazaron, mientras se entregaban a ella. La amedrentaron con la audacia de sus proyectos y con la violencia de su lenguaje, y la invitaron a la resistencia con la debilidad de sus actos. Adoptaron el aire de

El conservadurismo no estaba a la Revolución. El Noble ya no era su enemigo. Sino su acreedor. El conservadurismo ya se prohibía.

que no cobraban la victoria. En las elecciones votaron a favor los mismos de antes.

Morales ??



antiguos nombres de guerra—habían llegado a las manos, con suertes contrarias, en Rouen y en Limoges. En París, no pasaba un día sin que los propietarios fuesen atacados o amenazados en su capital o en sus rentas. Tan pronto se quería que diesen trabajo sin vender, como que liberasen a sus inquilinos del precio de los alquileres, cuando ellos mismos no tenían otras rentas para vivir. Y se plegaban cuanto podían a todas aquellas tiranías, a la vez que trataban de sacar partido, por lo menos, de su debilidad, haciéndola pública. En los diarios de entonces, yo recuerdo haber leído, entre otras cosas, este anuncio, que todavía me impresiona como un modelo de vanidad, de pereza y de estupidez, mezcladas bastante artífciosamente: “Señor redactor—se decía—, me valgo de la voz de su diario, para comunicar a mis inquilinos que, deseando poner en práctica con ellos los principios de fraternidad que deben guiar a los verdaderos demócratas, entregaré a aquellos de mis inquilinos que la reclamen carta de pago definitiva del importe del próximo plazo”.

Mientras tanto, una sombra de desesperación se había apoderado de aquella burguesía tan oprimida y amenazada, y aquella desesperación se convertía, insensiblemente, en coraje. Yo siempre había creído que no se podía esperar la regulación gradual y pacífica del movimiento de la revolución de Febrero, y que no se detendría más que de repente, mediante una gran batalla que se daría en París. Lo había dicho desde el día siguiente del 24 de febrero, y lo que vi entonces me persuadió de que aquella batalla no sólo era, efectivamente, inevitable, sino que el momento estaba próximo, y que era de desear que se aprovechara la primera ocasión para entablarla.

La Asamblea Nacional se reunió, por fin, el 4 de mayo. Hasta última hora se dudó de que pudiera hacerlo. Creo que los más ardientes de los demagogos tuvieron varias veces, en efecto, la tentación de prescindir de ella, pero no se atrevieron: estaban anonadados bajo el peso de su propio dogma de la soberanía del pueblo.

Debería tener claro ante mis ojos el cuadro que ofreció la Asamblea en su comienzo, pero encuentro, por el contrario, que ese recuerdo me ha quedado muy confuso. Sería erróneo creer que los acontecimientos quedan presentes en la memoria sólo en razón de su importancia o de su grandeza. Son, más bien, ciertas pequeñas particularidades que en ellos se encuentran las que hacen penetrar profundamente en el espíritu y los unen a él, de un modo duradero. Sólo recuerdo que gritamos quince veces: “¡Viva la república!” en el curso de la sesión, haciéndonos competencia unos a otros. La historia de las asambleas está llena de incidentes análogos, y en ellas se ve constantemente cómo un par-tido exagera la expresión de los sentimientos que tiene para poner en apuros a su adversario, y cómo éste finge los sentimientos que no tiene para esquivar la trampa. Todos, pues, se empujaban, mediante un esfuerzo común, o bien más

allá de la verdad, o bien en sentido opuesto a la verdad. Por lo demás, yo creo que, en este caso, el grito fue sincero, de una y otra parte, sólo que respondía a pensamientos distintos o incluso contrarios. Entonces, todos querían conservar la república, pero unos querían servirse de ella para atacar, y otros para defenderse. Los diarios de la época hablaron del entusiasmo de la Asamblea y del de la multitud. Hubo mucho ruido, pero entusiasmo, no. Todos estaban demasiado preocupados pensando en el día siguiente, para dejarse apartar muy lejos de aquella idea por ningún tipo de sentimiento.

Un decreto del gobierno provisional había establecido que los representantes llevarían el traje de los convencionales, y, sobre todo, el chaleco blanco de solapas con el que siempre se presentaba a Robespierre en el teatro. Creí, al principio, que aquella bonita idea se le había ocurrido a Ledru-Rollin o a Louis Blanc, pero luego supe que se debía a la florida y literaria imaginación de Armand Marrast. Como se sabe, nadie obedeció al decreto, ni siquiera su autor: sólo Causidière se disfrazó de la manera indicada. Eso hizo que me fijase en él, porque yo no lo conocía, como no conocía a la mayor parte de los que iban a llamarse Montañeses, siempre para ajustarse a los recuerdos del 93. Vi un cuerpo muy grande y muy gordo, sobre el que estaba colocada una cabeza triangular, muy expresiva, profundamente clavada entre los dos hombros. Le encontré una mirada astuta y mordaz, con un aire de bondad extendido por el resto de la cara. Era, en resumen, una masa de materia sumamente informe, pero en la que se agitaba un espíritu bastante sutil para saber sacar partido de su rudeza y de su ignorancia.

Al día siguiente y al otro, los miembros del gobierno provisional nos contaron, sucesivamente, lo que habían hecho desde el 24 de febrero. Cada uno habló muy bien de sí mismo e incluso bastante bien de sus colegas, aunque sería difícil encontrar a unos hombres que entre sí se odiasen más sinceramente que aquellos. Al margen de los odios y de los celos políticos que los separaban, me pareció, además, que sentían los unos respecto a los otros esa peculiar irritación que experimentan unos viajeros que se han visto obligados a convivir en el mismo barco, durante una larga y tormentosa travesía, sin llegar a simpatizar ni a entenderse. En aquella primera sesión, vi reaparecer a casi todos los parlamentarios entre los que yo había actuado. A excepción de M. Thiers, que había fracasado; del duque de Broglie, que no se había presentado, según creo, y de los señores Guizot y Duchâtel, que habían huido, estaban allí todos los oradores célebres y la mayoría de los parlantes conocidos del antiguo mundo político, pero se encontraban como desorientados, se sentían aislados y rece-losos, daban miedo y tenían miedo, dos contrarios que en política se encuentran a menudo. Entonces, no poseían nada de esa influencia que el talento y la experiencia les devolvieron en seguida. Todo el resto de la Asamblea era tan



los Girondinos. Vinieron en seguida las legiones de los alrededores, las cuales, compuestas por campesinos mal equipados y mal armados, y cubiertos con camisas, como los obreros de los suburbios, aportaban un espíritu totalmente contrario al suyo, y así lo hicieron ver bien, con sus gestos y con sus gritos. Los batallones de la guardia móvil lanzaron diversas exclamaciones, que nos dejaron llenos de dudas y de ansiedad acerca de las intenciones de aquellos jóvenes, o, más bien, de aquellos niños que entonces tenían, más que nadie, nuestros destinos en sus manos.

Los regimientos de línea que cerraban la marcha desfilaron en silencio.

Asistí a aquel prolongado espectáculo, con el corazón lleno de tristeza. Jams, en ningún momento, se habían puesto tantas armas, a la vez, en manos del pueblo. Yo no compartía, desde luego, la ingenua confianza ni la tonta alegría de mi amigo Carnot. Por el contrario, yo preveía que todas aquellas bayonetas que brillaban al sol se alzarían muy pronto las unas contra las otras, y tenía la sensación de que lo que acabábamos de hacer no era más que pasar revista a los dos ejércitos de la guerra civil. Aun escuché, a menudo, en aquella jornada, resonar el grito de: "¡Viva Lamartine!". Pero la gran popularidad de este hombre declinaba ya. Casi se puede decir que ya había declinado. Sin embargo, en todas las multitudes, hay un gran número de individuos atrasados que se emocionan con el entusiasmo de la víspera, como esos provincianos que empiezan a seguir la moda de París, el día en que los parisenses la abandonan.

Lamartine no tardó en rehuir aquel último rayo de su sol: se retiró, mucho antes de que terminase la ceremonia. Tenía un aspecto inquieto y cansado. Muchos miembros de la Asamblea, vencidos también por la fatiga, lo imitaron, y el desfile terminó ante unos bancos casi vacíos. Había comenzado muy temprano, y, cuando terminó, era noche cerrada.

Puede decirse que todo el tiempo transcurrido desde el desfile del 21 de mayo hasta las jornadas de Junio, no se llenó más que con la ansiedad que causaba la proximidad de aquellas jornadas. Todos los días, nuevas alarmas venían a poner en pie a la guardia nacional y al ejército. Los artesanos y los burgueses ya no vivían en sus casas, sino en las plazas públicas y sobre las armas. Todos deseaban ardentemente escapar a la necesidad de un conflicto, y todos sentían vagamente que aquella necesidad se hacía, por momentos, más inevitable. La Asamblea Nacional estaba tan constantemente obsesionada por aquella idea, que se diría que leía las palabras guerra civil escritas en las cuatro paredes de la sala.

De todos los lados se hacían allí grandes esfuerzos de prudencia y de paciencia para impedir o, por lo menos, para retrasar la crisis. Los miembros, que, en el fondo de su corazón, eran los más enemigos de la revolución, contenían cuidadosamente la expresión de su repugnancia o de su simpatía. Los antiguos

Recuerdos de la Revolución de 1848 / 111

Esos días y la dictadura por la noche en París.

Recordar a los elos de la revolución, pero todos iban armados y los oradores parlamentarios se callaban, por miedo a que sus voces despertasen suspicacias; dejaban la tribuna a los recién llegados, que tampoco la ocupaban, porque las grandes discusiones habían terminado. Según es costumbre en todas las asambleas, lo que más inquietaba el fondo de los espíritus era de lo que menos se hablaba, pero todos los días se demostraba que no se dejaría en el olvido. Se proponían y se discutían medidas de todo género para remediar la miseria del pueblo. Se entraba, incluso, de buen grado, en el examen de los diferentes sistemas socialistas, y todos se esforzaban de buena fe por encontrar en ellos algo que fuese aplicable o, al menos, compatible con las antiguas leyes de la sociedad.

→ de la revolución → el cual fue el primer paso.

Durante aquel tiempo, los Talleres Nacionales seguían llenándose. Su población superaba ya los cien mil hombres. Se comprendía que no se podía vivir conservándolos, y se temía perecer, si se intentaba disolverlos. Todos los días se trataba aquella cuestión candente de los Talleres Nacionales, pero se hacía de un modo superficial y tímido; se tocaba el problema constantemente, sin atreverse a afrontarlo jamás.

De la revolución

Por otra parte, era evidente que, fuera de la Asamblea, los distintos partidos, aunque temiendo la lucha, se preparaban activamente para ella. Las legiones ricas de la guardia nacional daban al ejército y a la guardia móvil unos banquetes en los que se incitaban mutuamente a unirse para defenderse.

Los obreros de los suburbios, por su parte, hacían, en secreto, aquellos acopios de cartuchos, que más adelante les permitieron sostener un combate tan prolongado. En cuanto a los fusiles, el gobierno provisional había tenido mucho cuidado de facilitarlos con profusión; puede decirse que no había un obrero que no tuviese, por lo menos, uno, y, a veces, varios.

El peligro se percibía, tanto de lejos como de cerca. En las provincias, se indignaban y se irritaban contra París. Por primera vez desde hacía sesenta años, se atrevían a afrontar la idea de ofrecerle resistencia. Se armaban y se alentaban a venir en socorro de la Asamblea, a la que se enviaban millares de mensajes para felicitarla por su victoria del 15 de mayo. La ruina del comercio, la guerra universal, el temor al socialismo hacían allí cada vez más odiosa la república, y aquel odio se desahogaba, sobre todo, en el secreto de las votaciones. Los electores tuvieron que reunirse de nuevo en veintitún departamentos. Elige ron, en general, a los hombres que a sus ojos representaban, bajo una forma cualquiera, la imagen de la monarquía. M. Molé fue elegido en Burdeos, y M. Thiers en Rouen.

→ de la revolución

Fue en aquella época cuando surgió, de pronto, por primera vez, el nombre de Luis Napoleón. Este príncipe fue elegido, al mismo tiempo, en París y en varios departamentos: republicanos, legitimistas, demagogos, le dieron sus votos, porque la nación estaba entonces como un rebaño asustado, que co-



Al rol de las mujeres, es vital de los hombres

desigualdad de las fortunas era tan contraria a la moral y a la sociedad como a la naturaleza. Las necesidades y las pasiones contribuyeron a que muchos lo creyesen. Aquella oscura y errónea noción del derecho, que se mezclaba con la fuerza bruta, comunicó a ésta una energía, una tenacidad y una potencia, que por sí sola no habría tenido nunca.

Hay que señalar también que esta terrible insurrección no fue la acción de un cierto número de conspiradores, sino el levantamiento de toda una población contra otra. Las mujeres participaron en ella tanto como los hombres. Mientras éstos combatían, aquéllas preparaban y acarrearaban las municiones, y cuando, al fin, tuvieron que rendirse, las últimas en decidirse fueron ellas.

Puede decirse que aquellas mujeres aportaban al combate unas pasiones de amas de casa: contaban con la victoria, para el bienestar de sus maridos y para educar a sus hijos. Amaban aquella guerra, como habrían amado una refriega.

En cuanto a la ciencia estratégica de que aquella multitud dio muestras, bastan para explicarla el natural belicoso de los franceses, la prolongada experiencia de las insurrecciones y, sobre todo, la educación militar que recibe, sucesivamente, la mayor parte de los hombres del pueblo. La mitad de los obreros de París ha servido en nuestros ejércitos, y siempre vuelve a empuñar las armas, de buen grado. Los antiguos soldados abundan, por lo general, en los motines. El 24 de febrero, Lamoricière, rodeado de enemigos, salvó su vida, dos veces, a unos insurgentes que habían combatido a sus órdenes en África, y para quienes los recuerdos de los campos de batalla resultaron más fuertes que el furor de las guerras civiles.

Como se sabe, fue la dispersión de los Talleres Nacionales lo que dio motivo al levantamiento. Al no atreverse a licenciar, de un solo golpe, a aquella milicia temible, se había intentado dispersarla, enviando a los departamentos una parte de los obreros que la componían, pero éstos se negaron a partir. El 22 de junio recorrieron París en grandes grupos, mientras cantaban, en una monótona cadencia: "No nos marcharemos, no nos marcharemos...". Delegaciones de ellos acudieron a formular altivas exigencias a los miembros de la Comisión del Poder Ejecutivo, y, tras haber recibido una negativa, se retiraron, anunciando que, al día siguiente, recurrirían a las armas.

En efecto, todo presagiaba que la crisis tan largo tiempo esperada había llegado. Aquellas noticias, al llegar a la Asamblea, provocaron en ella una gran inquietud, como puede imaginarse. Pero no interrumpió su orden del día, y continuó la discusión de un proyecto de ley, e incluso, aunque impresionada, permaneció atenta: es verdad que se trataba de una cuestión muy importante y que se escuchaba a un eminentísimo orador.

El gobierno había propuesto la adquisición, mediante una retroventa, de todos los ferrocarriles. Montalembert se oponía. Su causa era buena, pero su

No olvidar

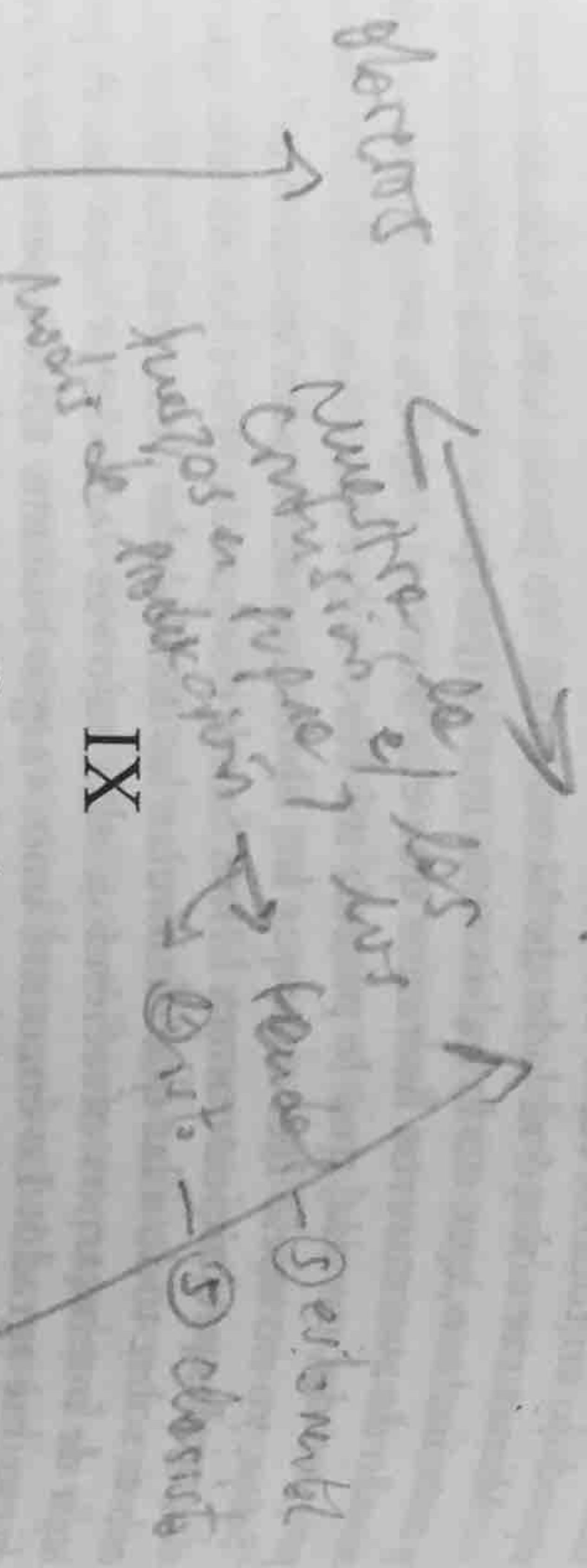
(Sorrento)

IX

Jornadas de Junio.

HE LLEGADO, POR FIN, A LA INSURRECCIÓN DE JUNIO, la más grande y la más singular que haya tenido lugar en nuestra historia y tal vez en cualquier otra: la más grande, porque, durante cuatro días, más de cien mil hombres tomaron parte en ella, pereciendo cinco generales; y la más singular, porque los insurgentes combatieron sin grito de guerra, sin jefes, sin banderas, y, no obstante, con una conjunción maravillosa y con una experiencia militar que asombró a los más viejos oficiales.

Lo que la distinguió, además, entre todos los acontecimientos de este género que se sucedieron hace ya sesenta años en Francia, fue que no se propuso cambiar la forma de gobierno, sino alterar el orden de la sociedad. No fue, ciertamente, una lucha política (en el sentido que hasta entonces habíamos dado a esta palabra), sino un combate de clase, una especie de guerra de esclavos. Caracterizó a la revolución de Febrero, en cuanto a los hechos, de igual modo que las teorías socialistas la habían caracterizado en cuanto a las ideas; o, más bien, surgió naturalmente de aquellas ideas, como el hijo de la madre; y no debe verse en ella más que un esfuerzo brutal y ciego, pero poderoso, de los obreros por escapar a las miserias de su condición, que le había sido descrita como una opresión ilegítima, y por abrirse, mediante las armas, un camino hacia aquel bienestar imaginario que se les había mostrado, en la lejanía, como un derecho. Es esta mezcla de codiciosos deseos y de falsas teorías lo que hizo tan formidable a esta revolución, después de haberla originado. Se había asegurado a aquella pobre gente que la fortuna de los ricos era, en cierto modo, el producto de un robo cuyas víctimas eran ellos. Se le había asegurado que la





Hacía mucho tiempo que había anochecido, cuando dejé el Hôtel de Ville para volver a la Asamblea. Quisieron darme una escolta, que yo rechacé, creyendo que no era necesaria, pero luego, durante el camino, lo lamenté más de una vez. Para impedir que los barrios sublevados recibiesen refuerzos, me notificaron o noticias de las otras partes de la ciudad, donde tantos hombres estaban dispuestos a abrazar la misma causa, se había adoptado, por la mañana, con mucha razón, la medida de suspender absolutamente la circulación por todas las calles. Se detenía a todas las personas que salían de sus casas sin un salvoconducto o sin una escolta. Me detuvieron, pues, muchas veces, durante mi trayecto, y me obligaron a mostrar mi medalla. Más de diez veces me vi apuntado por soldados novatos, que hablaban toda clase de dialectos, porque París estaba lleno de campesinos, llegados de todas las provincias, y muchos de los cuales venían por primera vez.

Cuando llegué, hacía mucho tiempo que se había levantado la sesión, pero el palacio estaba, de todos modos, muy sobresaltado. Se había extendido el rumor de que los obreros del Gros-Cailou, aprovechando la noche, iban a venir a apoderarse de él. Así, aquella Asamblea, que, después de tres días de lucha, había llevado el combate hasta el seno de los barrios ocupados por sus enemigos, temblaba por su casa. Aquello carecía de todo fundamento, pero nada revela mejor el carácter de aquella guerra en la que el enemigo podía ser siempre el vecino y en la que nunca se estaba seguro de no tener saqueada la casa propia, mientras se triunfaba lejos de ella. Para proteger el palacio contra un golpe de mano de aquella especie, se levantaron barricadas, rápidamente por la noche, a la entrada de todas las calles que pueden conducir a él. Cuando vi que no se trataba más que de un falso rumor, me fui a acostar.

No diré nada más de los combates de Junio. Los recuerdos de los dos últimos días se entremezclan con los recuerdos de los primeros, y en ellos se pierden. Se sabe que el Faubourg Saint-Antoine, última ciudadela de la guerra civil, no depuso las armas hasta el lunes, es decir, hasta el cuarto día a partir del comienzo de la lucha; y los voluntarios de La Mancha no pudieron llegar a París hasta la mañana de ese mismo día. Se habían dado mucha prisa, pero venían de más de ochenta leguas de distancia, a través de comarcas que no tienen vías férreas. Eran unos mil quinientos. Entre ellos, reconocí, con emoción, a propietarios, abogados, médicos, agricultores, amigos y vecinos míos. Casi toda la antigua nobleza de la región había empuñado las armas en aquella ocasión, y formaba parte de la columna. Y lo mismo ocurrió en casi toda Francia. Desde el noble más encastillado en el fondo de su provincia hasta los elegantes e inútiles herederos de las grandes familias, todos recordaron, en aquel momento, que habían formado parte de una casta guerrera y reinante, y en todos los sitios dieron el ejemplo de la partida y del vigor que tan grande es la vida

lidad de esos viejos cuerpos aristocráticos. Porque conservan una marca de sí mismos, cuando ya parecen reducidos a cenizas, y se yerguen varias veces de precisamente, en medio de la muerte, antes de descansar para siempre en ella. Fue, que tal vez ha conservado mejor, en nuestros días, el espíritu de las antiguas razas, M. de Chateaubriand, a quien me habían acercado tantos lazos de familia y recuerdos de infancia. Desde mucho tiempo atrás, había caído en una especie de mudo estupor que, por momentos, hacía creer que su inteligencia se había apagado. Sin embargo, en aquel estado, oyó el rumor de la revolución de Febrero y quiso saber qué pasaba. Al informarle que acababan de derrocar la monarquía de Luis Felipe, dijo: "¡Bien hecho!". Y se calló. Cuatro meses después, el fragor de las jornadas de Junio llegó también a sus oídos, y preguntó, de nuevo, qué ruido era aquél. Le respondieron que se estaba luchando en París, y que eran cañonazos. Entonces, hizo inútiles esfuerzos por levantarse, diciendo: "Quiero ir allá", y después se calló, pero esta vez para siempre, pues se murió al otro día.

Ésas fueron las jornadas de Junio, jornadas necesarias y funestas. No extinguieron en Francia el fuego revolucionario, pero pusieron fin, al menos por algún tiempo, a lo que puede llamarse el trabajo propio de la revolución de Febrero. Libraron a la nación de la opresión de los obreros de París y le devolvieron la posesión de sí misma.

Las teorías socialistas continuaron penetrando en el espíritu del pueblo, bajo la forma de las pasiones de la codicia y de la envidia, y depositando en él la simiente de revoluciones futuras, pero el partido socialista, en cuanto tal, quedó vencido e impotente. Los Montañeses, que no pertenecían a él, comendieron en seguida que habían sido alcanzados irrevocablemente por el mismo golpe que él había sufrido. Los republicanos moderados no tardaron en ver también que aquella victoria que los había salvado los colocaba en una pendiente que podía conducirlos fuera de la república, e inmediatamente hicieron esfuerzos por mantenerse, pero en vano. Yo, que detestaba a los Montañeses y no apoyaba la república, pero que adoraba la libertad, experimenté, desde el día siguiente de aquellas jornadas, grandes temores por ella. Consideré, en el acto, el combate de Junio como una crisis necesaria, pero tras la cual el temperamento de la nación habría cambiado, en algún modo. El amor a la independencia iba a ser sustituido por el temor y tal vez por el aborrecimiento de las instituciones libres; después de tal abuso de la libertad, tal retroceso era inevitable. Aquel movimiento de retracción comenzó, en efecto, el 27 de Junio: al principio, muy lento y como imperceptible a simple vista; después, rápido, y, luego, impetuoso e irresistible. ¿Dónde se detendrá? Yo lo ignoro. Creo que nos costará gran trabajo no retroceder mucho más allá del punto



que habíamos alcanzado antes de Febrero, y preveo que todos—socialistas, Montañeses, republicanos y liberales—caeremos en un mismo descrédito, hasta que los recuerdos particulares de la Revolución de 1848 se alejen y se borren, y que el espíritu general del tiempo recobre su predominio.

Revisión de redacción de la misma Comisión  
 (Revolucionaria) con un debate Luis  
 Felipe (monarquía). Carta por ningún  
 Tene idea Reseña de los valores  
 Reclamación  
 XI la vía es suere habiós  
 (Sorrento - Marzo, 1851)  
 y Adversos. La República era una idea.  
 Comisión constituyente.

CAMBIO AHORA DE TEMA, Y DEJO GUSTOSAMENTE LAS ESCENAS de guerra civil para volver a los recuerdos de mi vida parlamentaria. Quiero hablar de lo que ocurrió en la Comisión constituyente de la que formé parte. Esto nos obligará a remontarnos un poco más atrás, porque el nombramiento y los trabajos de esta comisión son anteriores a las jornadas de Junio, pero no he querido hablar de esto antes, por temor a interrumpir el curso de los hechos que nos conducía, directa y rápidamente, hasta aquellas jornadas. Se comenzó a nombrar la Comisión constituyente el 27 de mayo. La operación fue larga, porque se había decidido que los comisarios serían elegidos por toda la Asamblea y por mayoría absoluta de votos. Yo fui elegido en la primera vuelta de la votación, con Cormenin, Marrast, Lamennais, Vivien y Dufaure. No sé cuántas votaciones hubo que hacer para completar la lista, que debía ser de dieciocho.

Aunque la comisión se nombró antes de la victoria de Junio, casi todos sus miembros pertenecían a los diferentes partidos moderados de la Asamblea. Sólo había dos representantes de la Montaña: Lamennais y Considérant. Y aun esos dos no eran más que unos soñadores quiméricos; sobre todo, Considérant, que merecería que se lo internase en un manicomio, si hubiera sido sincero, pero me temo que no mereciese nada mejor.

Al contemplar la comisión en su conjunto, era fácil ver que no cabía esperar de ella una obra muy notable.

Entre sus miembros, unos habían pasado su vida dirigiendo o controlando la administración durante el último gobierno. Jamás habían visto, ni estudiado, ni comprendido más que la monarquía. Además, en su mayoría, se habían limi-



tado a aplicar y no a estudiar los principios, de modo que no se habían elevado por encima de la práctica de los asuntos públicos. Encargados ahora de hacer realidad unas teorías que siempre habían desconocido o combatido, y que los habían sometido sin convencerlos, les resultaba muy difícil aportar a su trabajo otras ideas que no fuesen las ideas monárquicas; o, si entraban en las ideas republicanas, tenían que hacerlo tan pronto con timidez como con entusiasmo, y siempre un poco al azar, como novicios.

En cuanto a los republicanos propiamente dichos que se encontraban en la Comisión, tenían pocas ideas de cualquier género, fuera de las que habían adquirido leyendo los diarios, o escribiéndolos, porque algunos eran periodistas. Como se sabe, Marrast había dirigido el *National* durante diez años; Dornès era entonces su director-jefe. Vaulabelle, espíritu serio, pero grosero e incluso cínico, escribía habitualmente en aquella hoja. Un mes después, él mismo se asombraba, con toda la razón, de verse convertido en ministro de Instrucción Pública y de Cultos.

Todo aquello no recordaba a los hombres, tan seguros de su objetivo y co-nocedores de los medios que debían de adoptar, que, durante la presidencia de Washington, redactaron, hace sesenta años, la constitución de Norteamérica.

Por otra parte, aunque la comisión hubiera sido capaz de cumplir bien su función, la falta de tiempo y la preocupación por lo que ocurría afuera se lo habrían impedido.

No hay nación menos adicta a quienes la gobiernan que la nación francesa, ni que menos sepa prescindir de un gobierno. En cuanto se ve obligada a marchar sola, sufre una especie de vértigo que le hace creer, a cada instante, que va a caer en un abismo. En el momento de que hablo, la nación deseaba, con una especie de frenesí, que se llevase a cabo la obra de la constitución, y que el poder alcanzase un asentamiento, ya que no sólido, al menos permanente y regular. No necesitaba tanto una buena constitución como una constitución cualquiera que fuese. La Asamblea compartía aquel fervor, y no cesaba de agi-jonearnos, aunque nosotros no teníamos necesidad de ello, porque el recuerdo del 15 de mayo, la inquietud de las jornadas de junio y el espectáculo de aquel gobierno dividido, abatido e incapaz que dirigía los asuntos públicos eran suficientes para empujarnos. Pero lo que quitaba, sobre todo, a la Comisión su libertad de espíritu —hay que decirlo— era el temor a lo de afuera y el arrebatado momento. No puede imaginarse el efecto que aquella presión de las ideas revolucionarias producía en los espíritus menos dispuestos a entregarse a ellas, y hasta qué punto los empujaba, casi sin que ellos se diesen cuenta, más allá de donde querían ir, cuando no los apartaba totalmente de la dirección que deseaban seguir. Seguramente, si la comisión se hubiera reunido el 27 de junio en lugar del 16 de mayo, su trabajo habría sido muy distinto.

La discusión se inició el 22 de mayo. Se trata, al principio, de saber por dónde se empieza aquella obra inmensa. Lamennais propuso que se comenzase por ordenar el estado de las comunas: él mismo había procedido así en un pro-sus descubrimientos. Después, pasó de la cuestión de prioridad a la de fondo, y se puso a hablar de la centralización administrativa, porque sus ideas no se di-sociaban, su espíritu estaba siempre totalmente ocupado por un solo sistema, y todas las ideas que en él se encontraban se ajustaban entre sí tan perfectamente que, cuando una salía, parecía necesario que todas las demás la siguiesen. Hizo ver, pues, con gran fuerza, que una república cuyos ciudadanos no tuvieran el espíritu y el hábito cotidiano de registrarse a sí mismos era un monstruo que podía vivir.

La Comisión, entonces, se enardeció. Barrot, que siempre se ha hecho una imagen bastante viva, aunque bastante confusa, de la ventaja de las libertades locales, apoyó con entusiasmo a Lamennais. Yo hice lo mismo. Fueron Marrast y Vivien quienes nos combatieron. Vivien estaba en su papel al defender la cen-tralización, porque la gestión de los asuntos administrativos era su profesión, y su carácter, además, lo impulsaba a ello. Tenía todo lo que constituye un jurista hábil y un excelente comentarista, pero nada de lo que es necesario al legislador y al hombre de Estado. En aquella ocasión, el peligro que él veía correr a las instituciones que le eran tan queridas lo inflamaba, y se exaltó hasta pretender que la república, lejos de reducir la centralización, debía incluso acrecentarla. Se diría que aquél era el aspecto de la revolución de Febrero que le agradaba.

En cuanto a Marrast, pertenecía a la raza ordinaria de los revolucionarios franceses que por libertad del pueblo han entendido siempre el despotismo ejercido en nombre del pueblo. Aquel súbito acuerdo de Vivien y de Marrast no me sorprendió, en absoluto. Yo estaba habituado a aquel espectáculo, y ha-cía mucho tiempo que había observado que el único medio de hacer coincidir a un conservador con un radical consistía en atacar el poder del gobierno central, no en su aplicación, sino en sus principios. Podía tenerse la seguridad de que inmediatamente se arrojarían el uno en brazos del otro.

Así, cuando se dice que entre nosotros no hay nada que se encuentre al abrigo de las revoluciones, yo afirmo que no es cierto y que la centralización se encuentra. En Francia, sólo hay una cosa que no se puede hacer —un gobierno libre—, y sólo hay una institución que no se puede destruir —la centralización—. ¿Cómo va a perecer? Los enemigos de los gobiernos la aman, y los gobernan-tes la adoran. Es verdad que, de cuando en cuando, aquéllos se dan cuenta de que los expone a desastres repentinos e irremediables, pero esto no los ene-mista con ella. El placer que les proporciona de mezclarse en todo y de tene-r a todos en sus manos les permite soportar sus peligros. Prefieren una vida ta-